



EL MAYO CRISTIANO

El mes de mayo está “sembrado” de momentos distinguidos para la sensibilidad religiosa y patriótica de un argentino. Comenzamos con el día del trabajador, recordando a San José Obrero. Fue esta la oportunidad de dar gracias por el don del trabajo *querido y bendecido por Dios* con el cual *el hombre coopera con Él en la perfección de la creación y marca la tierra con el carácter espiritual, además viviendo en común, participando de una misma esperanza y sufrimiento, de una ambición y de una alegría, los hombres unen voluntades, aproximan los espíritus y funden los corazones* (Beato Pablo VI, *popularum progressio* 27). Se recuerda en esta fecha un movimiento social que 1886 en Chicago causó injustas muertes y silenciamiento de hombres que pedían una jornada laboral de ocho horas. ¿pensar que nuestros monjes, ya desde la antigüedad cristiana, dividen el día en tres momentos: ocho horas para el trabajo, ocho para la vida intelectual-espiritual-comunitaria y ocho para el descanso bajo el lema *ora et labora* que cristaliza la regla de San Benito, acertando las necesidades de la naturaleza humana! El día 8 de mayo escuchamos desde una *carreta detenida* la voz de Cristo que nos dice desde 1632 en Luján: *“Argentina aquí tienes a tu Madre”*. Aunque las fronteras e identidad nacional todavía no estaban definidas-y faltaban casi dos siglos para esto- se anticipaba en la Pura y Limpia imagen de la inmaculada concepción del río de Luján, la certeza de saber que Dios ya estaba aquí. Como hemos dicho más arriba los habitantes tendrán que trabajar para cimentar y fraguar una nueva patria colaborando con Dios en la tarea de llevar adelante su creación y providencia, alegres, unidos, esperanzados pero no sin el sufrimiento que da el compromiso de un pueblo que dará a luz una nación. Con la ascensión de Jesús al Padre el domingo 17 vivimos con los apóstoles la certeza de que *todo lo que antes causaba miedo, después se convierte en gozo. (...) para que la inteligencia, iluminada por la fe, creyera que Cristo, ni descendiendo se había apartado del Padre, ni con su Ascensión se había apartado de nosotros.* (San León Magno, *Sermón 74*). Con Pentecostés el domingo 24 celebramos después de la ascensión de Cristo el descenso del Espíritu Santo que es el alma

de la Iglesia naciente y el inicio de la continuación en la obediencia de “hacer” en su memoria. El nacimiento de la Iglesia y primicia de la patria este año se acercan en su recuerdo. El 25 de mayo celebramos el inicio del proceso de surgimiento del Estado Argentino sin proclamación de la independencia formal todavía, en el que participaron veinticuatro clérigos de la Iglesia católica emprendiendo desde la esperanza una nueva etapa desde la que *alzará sobre la faz de la tierra una nueva y gloriosa nación*. El último día del mes celebramos la visitación de María a su prima santa Isabel, aprendiendo el servicio, la entrega y la presencia de la joven Iglesia que lleva a Cristo en la primera misión prefigurada desde el vientre de la Virgen. En lo cotidiano hemos podido escuchar como Raúl Castro, mirando la vida y el testimonio del Papa Francisco que encarna de un modo especial el Evangelio, expresó el deseo de volver a rezar y a la Fe, y tal vez con el materialismo ateo de una filosofía política y económica se dejen iluminar por el mensaje eterno de amor, justicia y paz propuesto por Jesucristo hasta el final de los tiempos. Este mes se llena de recuerdos (re+cor+dare: volver a dar al corazón), pasos de Fe que nos hacen mirar siempre adelante, buscando mejorar la patria con el progreso racional y libre, sin fanatismos ni ideologías que informan y obligan a asumir de un modo “acrítico” convicciones aferradas al pasado impuesto bajo pena de ser enemigo y traidor. En este mes de mayo importante para el hombre de fe y argentino recordamos algo de nuestra identidad desde las sentencias de un escrito anónimo del siglo II: *“los cristianos habitan en sus propias patrias (...) participan en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros del tiempo (...) se someten a las leyes establecidas, pero con su propia vida superan las leyes (...) para decirlo con brevedad, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo”* (carta a Diogneto).

Los hombres
unen voluntades,
aproximan los
espíritus y funden
los corazones.